

No. 5 - Agosto - 1952



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

AL SOL

*¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!  
¡Con qué sencillo anhelo,  
siendo niño inocente,  
seguirte ansiaba en el tendido cielo.  
De los dorados límites de Oriente,  
que ciñe el rico en perlas océano,  
al término asombroso de Occidente  
las orlas de tu ardiente vestidura  
tiendes en pompa, augusto soberano,  
y el mundo bañas en tu lumbre pura.  
Vivido lanzas de tu frente el día,  
y alma y vida del mundo,  
tu disco en paz majestuoso envía,  
plácido ardor fecundo,  
y te elevas triunfante,  
corona de los orbes rutilante.*

*¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto  
en insondable abismo desplomarse!  
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío  
de imperios populosos disiparse!*

*(Fragmento) Espronceda.*



Revista Infantil Nacional  
Publicada por la  
**FILIAL DE ANDE**  
Cantón Central de Heredia

Directora:  
**EVANGELINA GAMBOA**  
Tel. 124 - Heredia  
Administración:  
**MARIA CRISTINA MARTÍNEZ**  
**EMMA MORALES**  
Heredia — Costa Rica

## Sumario:

Al sol .....	1
La nena pobre .....	2
La palomita blanca .....	3
Cuidando a sus pajaritos .....	6
Millet .....	7
Madre .....	8
El cartero malo .....	9
Lohengrin .....	10
Obreroito .....	14
Página de los niños .....	16

**AGOSTO 1952**  
**NUMERO 5**

*Maderas:* Francisco Amighetti.  
*Dibujos a pluma:* Juan Manuel Sánchez.

**VALE!**  
**¢ 0.20**

## LA NENA POBRE

La nena pobre, que nunca  
tuvo juguetes, se alegra.

Canta una canción de cuna  
más linda que las estrellas.

Contra su pecho apretado,  
tiene un bebé sin cabeza.

Está el muñeco tan roto,  
tan sucio está, que da pena.

¡Pero qué caliente está  
en los brazos de la nena!

Canta una canción de cuna  
más linda que las estrellas.

*José Sebastián Tallon.*



## La palomita blanca

Pues señor, este era un príncipe que cazando un día llegó muy cansado a orillas de un arroyo. Calmó su sed, y ya iba a montar de nuevo en su caballo cuando vió cerca de él una joven hermosa que le miraba sonriendo. Enamorado de ella desde el mismo instante en que la vió, le confesó su amor y se despidió muy rendido. Al otro día volvió, y lo mismo hizo al día siguiente, y al otro y al otro, hasta que un día no pudiendo aguardar más tiempo, fué allí con un ermitaño que los casó. Pero el príncipe no podía casarse sin el consentimiento de su padre, y no atreviéndose a confesarle lo que había hecho, decidió tener oculto su casamiento hasta que fuera rey o encontrase una ocasión para poderlo declarar en voz alta ante todo el mundo. Por lo tanto convino con la niña en que ella seguiría viviendo en el campo, a orillas del arroyo y en el hueco de un árbol, viniendo él todos los días a verla. Así lo hicieron, y no había pasado un año todavía, cuando la joven tuvo un niño lindísimo, como que se parecía todo a ella, con sus ojos azules y sus cabellitos rubios. Cada vez eran mayores los deseos que el príncipe tenía de llevar a la corte a su mujer y a su hijo, pero no se atrevía y seguía esperando una ocasión propicia para hacerlo.

Sucedió en esto que al rey le declaró la guerra otro rey vecino y fué contra él al mando de un ejército el príncipe, después de despedirse con mucha pena de su esposa jurándole que a la vuelta de la guerra la llevaría al palacio y la presentaría a su padre y a toda la corte como su legítima esposa. Muy triste se quedó la niña sin su marido y se pasaba las horas muertas cuidando a su hijito.

Desde el hueco del árbol la joven veía su cara retratada en el agua del arroyo, y un día, cuando se estaba mirando y pensando en lo feliz que iba a ser, se presentó una mujer negra y fea que traía una vasija para llenarla de agua. Cuando la negra se agachó sobre el arroyo vió reflejada la cara de la niña y creyendo que era la suya, al verse tan hermosa, dijo:

—Yo, tan bonita y cargando una vasija. ¡Qué se rompa! Y dicho y hecho; tiró la vasija contra una roca y se hizo cien mil pedazos.

La niña no pudo contener la risa y la negra la descubrió en el hueco del árbol, quedando llena de envidia ante su belleza.

Desde entonces, todas las mañanas iba la negra al arroyo con una vasija.

Un día en que la niña tenía los cabellos revueltos por habérselos despeinado su hijo jugando, la negra se ofreció a peinárselos. La niña no quería porque le causaban repugnancia las manos tan negras de aquella mujer, pero ésta tanto insistió que al fin y al cabo la mujer del príncipe no tuvo más remedio que acceder.

Mientras la peinaba iba la niña contando su historia y cada vez la negra sentía más envidia, hasta que, en un descuido, le clavó un alfiler en la cabeza. En el mismo instante la niña se convirtió en una palomita blanca que agitó las alas y se perdió en el cielo volando, volando tan alto que ni las mismas nubes podían seguir su vuelo. La negra entonces, cogió al niño y ocupó el lugar de la joven en el hueco del árbol.

Poco tiempo había pasado de esto cuando un día volvió el príncipe, que había vencido a sus enemigos, y ya era rey porque había muerto su padre. Venía a recoger a su mujer y a su hijo y cuál no sería su sorpresa cuando, en vez de la hermosa niña rubia que había dejado, encontró una negra, muy negra y muy fea. Por más que quería disimular el disgusto y contenerse, no pudo menos de preguntarle cómo había perdido los bellos colores que antes tenía.

—*El sol y la serena  
vuelven a la gente morena,*

le contestó la negra, procurando imitar la voz de la niña. Como estaba allí el hijo y el príncipe lo quería mucho, no vaciló y se llevó a la corte a la negra que fué declarada reina y el niño fué reconocido como príncipe.

A los pocos días una palomita blanca vino volando hacia los jardines del palacio, y posándose en una rama de un árbol que estaba lleno de flores preguntó al jardinero:

—Jardinerito del rey, ¿cómo le va al rey con la reina mora?

—Bien señora.

—Y el niño, ¿canta o llora?

—Unas veces canta y otras veces llora.

—¡Y yo, triste de mí, por estos campos sola!— decía la palomita y se marchaba volando.

Todos los días sucedía lo mismo, y tanto le llegó a extrañar al jardinero, que una tarde en que el rey se paseaba solo por los jardines del palacio, se acercó a él y le dijo lo que pasaba. El rey muy sorprendido, le encargó que al día siguiente cogiese a la palomita, ya que era tan mansa, y se la llevase, porque la quería ver.

Almorzando estaba el rey con la negra y el príncipe, que ya tenía más de dos años, cuando entró el jardinero en el comedor llevando en sus manos la palomita blanca. Apenas la vió la negra empezó a refunfuñar, pero el rey no le hizo caso y cogiendo a la palomita la colocó sobre la mesa. Entonces ésta tomó un grano de arroz del plato del rey y otro del plato del príncipe y volviéndose de espaldas al plato de la reina, hizo en él lo que no se puede decir. La reina se puso muy furiosa y empezó a dar voces a sus criados para que matasen a la palomita; pero el rey la cogió en sus manos y empezó a acariciarla, pasándole suavemente la mano por la cabeza. De pronto exclamó sobresaltado:

—Pobre animalito; tiene clavado un alfiler en la cabeza. Voy a sacárselo.

Mucho dijo la reina para disuadir al rey de su propósito, pero éste tiró del alfiler y en el mismo instante se convirtió la palomita en la hermosa joven del arroyo, a cuyos pies se arrojó el rey diciendo:

Tú eres mi mujer, tú eres la única a quien yo amo.

Y se descubrió todo. La joven contó a su esposo lo que le había acontecido, y en vista de ello la negra fué quemada por orden del rey en la plaza pública como hechicera. El pueblo hizo grandes fiestas en honor de la nueva reina y todo el mundo se hacía lenguas de su belleza y de la bondad de su corazón.



CUIDANDO A SUS PAJARITOS

Pintado por Millet

[Annette, Francois]

## Jean Francois Millet

Millet era un campesino que llegó a París a estudiar pintura. Una vez que hizo su aprendizaje, no pudo adaptarse a la vida de la gran ciudad. Seguía soñando con el campo. Así fué que partió a un lugar llamado Barbizon en donde vivió con su esposa y sus hijos pintando a los hombres que trabajaban dentro del paisaje que les servía de fondo. Así hizo el Angelus, en que representa a unos campesinos inclinando la cabeza devotamente en actitud de oración, mientras el sonido de las campanas atraviesa el aire sobre los campos cultivados. Pintó las segadoras y los hombres que luchan con la naturaleza aserrando los troncos, las mujeres alimentando a sus hijos, y los niños jugando; la vida sencilla y cotidiana que por primera vez en Francia de una manera completa y verdadera aparecía en la pintura.

Mientras vivió, vió vender sus cuadros, por los cuales le habían dado sumas insignificantes, en grandes cantidades de dinero que habrían sido suficientes para resolver sus problemas económicos.

Millet, sin embargo, no se amargó porque otros se enriquecieran comerciando con su pintura; estaba feliz de hacer su propia vida, y los dolores que la pobreza le ocasionó, no fueron obstáculo para seguir pintando y encontrando en la naturaleza y en su arte el medio más digno de ennoblecer su vida, porque sólo así creía él, valía la pena de vivirla. Nació Millet en 1815 y murió en 1875, a la edad de sesenta años.



## MADRE

*Luis Franco.*

A esta mujer callada, a esta mujer oscura,  
la alabo, así, vestida de simpleza y cordura.  
Su bondad está hilada de consuelo y abrigo  
y su corazón, lleno de experiencia y de días,  
es corazón más cándido que el corazón del trigo.  
Y nada hay tan de madre como sus manos pías,  
doctas en la dulzura y en todo noble uso,  
que hacen el pan de Dios y hacen rezar el huso,  
y criaron, con afanes santamente prolijos,  
las plantas de este huerto de su vida: sus hijos...

(En su presencia alguno de ellos sea alabado,  
su corazón se alegra como huerto regado).  
Y ella, que ha trabajado y padecido tanto,  
es vaso de indulgencia, porque, de todos modos,  
como el malo es el bueno, y únicamente el llanto  
es el agua bendita que purifica a todos.

Madre, eres cosa buena, sencilla y santa,  
 como el fuego que nunca se apaga en el hogar;  
 como el agua que riega, abrega, lava y canta;  
 como el viento que sopla en la era de aventar;  
 como la hormiga enorme en esfuerzo y paciencia  
 como el haza que, a un tiempo, nos da el pan y la flor;  
 como el nogal fresquito en días de calor;  
 como esta vieja casa que es nido y es querencia.  
 Aquí a su lado sueño. Rezando al tiempo toco  
 sus cabellos, cenizas del mortal enemigo.  
 Como siempre secretamente la bendigo.  
 Como siempre los ojos se me han nublado un poco.

## El Cartero malo

Madre, di, ¿por qué estás tan callada y tan triste, sentada ahí en el suelo? ¿No ves que la lluvia entra por la ventana, y que te estás mojando?

Oye, el gongo está dando las cuatro y hermano tiene ya que volver al colegio. ¿Qué te pasa, di, madre; ¿por qué estás tan rara? ¿Es que no has tenido hoy carta de papá?

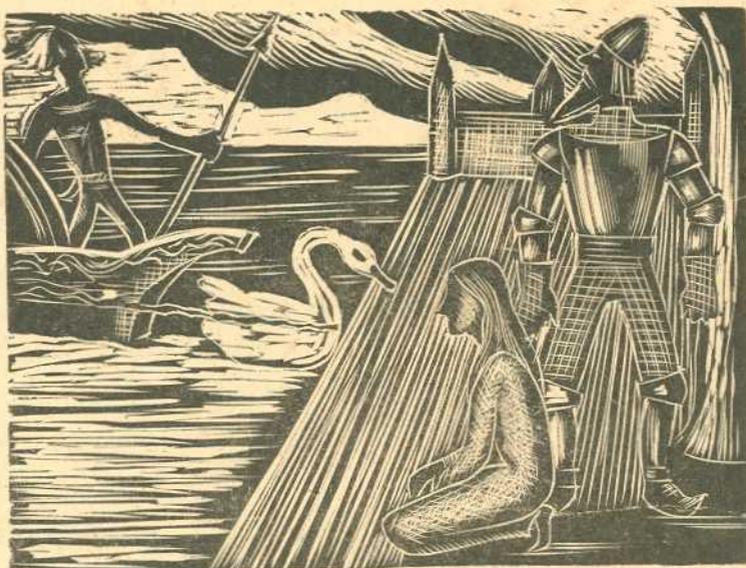
A todo el pueblo le trajo hoy carta el cartero, yo lo he visto. Sólo las cartas de papá se las guarda para leérselas él. ¡Madre, estoy seguro de que el cartero es muy malo!

... Pero no estés tú triste por eso, madre. Mira, mañana es la feria del pueblo de ahí cerca. Que vaya la criada y compre plumas y papel. Yo mismo te voy a escribir todas las cartas de papá. Y ya verás como no encuentras ni una falta.

Te escribiré derecho desde la A hasta la K... ¿Por qué te estás riendo, madre? ¿Tú te crees que yo no sé escribir tan bien como papá? Ya verás, yo rayaré el papel con una regla, y pondré mucho cuidado, y haré bien grandes las letras.

Y cuando concluya, ¿piensas que voy a ser tan tonto como papá, que echa la carta en el saco de ese cartero malo? ¡Te la traeré yo mismo al momento y te ayudaré a deletrearla! ¡Ya sé yo que al cartero no le gusta darte las cartas más buenas!

*Rabindranath Tagore.*



## LOHENGRIN

HE AQUI LA ANTIGUA LEYENDA DEL CABALLERO DEL CISNE, QUE CRUZO EN SU BARCA ENCANTADA TODOS LOS CAMINOS DEL CUENTO Y LA NOVELA, LA POESIA Y EL TEATRO. LA LITERATURA ESPAÑOLA MEDIEVAL LA TRADUJO DE LOS LIBROS DE CABALLERIAS FRANCESES. Y HOY ES UNIVERSALMENTE CONOCIDA EN SU VERSION ALEMANA, QUE LA CUENTA ASI:

Al morir el príncipe de Brabante dejó dos hijos: la princesa Elsa, adolescente, y el pequeño Godofredo, bajo la tutela de su pariente el conde Federico.

Juntos jugaban los dos hermanos en el bosque. Elsa, silenciosa, con los ojos fijos en el mar, soñaba con el día feliz en que conocería el amor, y se lo imaginaba en figura de un rubio caballero, armado de brillantes armas y avanzando por el mar en una barca tirada por un cisne. De este modo Elsa solía dar rienda suelta a su fantasía, y permanecía largas horas callada, sentada sobre la yerba, y con los ojos fijos en el mar por donde el misterioso caballero había de aparecer en su barca de encanto.

Un día la sorprendió así la noche en el bosque, entregada

a sus sueños, y sin darse cuenta hasta que se vió envuelta en sombras. Llamó a su hermano, que jugaba a su lado, para volver al castillo; pero el niño no contestó a su llamada. Inútilmente le buscó y le llamó a gritos, corriendo todo el bosque. El niño había desaparecido, y fueron vanos cuantos esfuerzos y pesquisas se realizaron por todo el país para hallar su paradero.

El conde Federico lloró la muerte del niño, y compadecía en su corazón a la pobre Elsa, que desde aquel día vivía sumida en constante dolor y encerrada en silencio, apartada de las gentes.

Pero Federico estaba casado con una perversa hechicera, llamada Ortrudis, la cual empezó a sembrar la más amarga duda en su pecho, diciéndole que la princesa Elsa había arrojado al mar a su hermano para heredar ella sola el trono de Brabante. Mucho esfuerzo costaba al conde dar crédito a tan horrenda acusación; pero Ortrudis amontonaba sospechas contra la doncella un día y otro día, haciéndola objeto de las más viles calumnias, hasta que consiguió llevar el odio al corazón de su esposo, el cual decidió acusar públicamente a la princesa Elsa de la muerte de su hermano.

En una ancha pradera, a orillas del río Escalda, frente al mar, está sentado el rey Enrique de Alemania bajo la frondosa encina a cuya sombra se administra justicia. A su lado, los condes y los nobles feudatarios, y enfrente, agolpado en semicírculo, el pueblo brabanzón.

Ante el rey, ceñudo y lleno de ira, habla el conde Federico. A su izquierda, rodeada por sus doncellas, vestida de blanco y con los ojos inmóviles llenos de lágrimas, la princesa Elsa escucha su acusación.

—Escucha mi querrela, rey Enrique, y que el cielo guíe la espada de tu justicia—dijo Federico—. Yo acuso ante ti y ante el pueblo a esta mujer de la muerte de su hermano el príncipe Godofredo. Juntos fueron al bosque, y bien entrada la noche volvió sola a mi casa, pálida y espantada, diciéndome que el niño había desaparecido. Ninguna razón puedo alegar en pro de su inocencia; su palidez, su trastorno y los crueles remordimientos que desde entonces la atormentan acusan su crimen. Con la muerte de Godofredo ella hereda por ley el dominio de este país, tu feudatorio. ¡En nombre del pueblo pido justicia contra Elsa de Brabante, la fratricida!

Estas palabras llenan de doloroso asombro al pueblo brabanzón, que se agita como un oleaje en torno de la encina de los juicios.

Elsa, muda y blanca, parece no darse cuenta de nada, con los ojos perdidos en el mar.

El rey Enrique se yergue al escuchar la acusación; cuelga su poderoso escudo de las ramas de la encina y clava la espada delante de sí en el suelo.

—Que este escudo deje de protegerme—dice solemnemente—si mi voz no castiga al culpable.

A estas palabras todos los guerreros se despojan de sus armas, que dejan desnudas sobre la yerba. Y hay un hondo silencio de ansiedad.

—¡Elsa de Brabante!—dice el rey Enrique. ¿Has escuchado de qué crimen se te acusa?

Elsa no contesta. Sus labios sólo murmuran en voz baja:

—¡Pobre hermano mío!

—¡Elsa de Brabante!—vuelve a decir el rey—Terrible es la acusación y débil el juicio humano para sentenciar.

¿Aceptas someterte a la decisión del cielo?

Elsa hace con la cabeza un gesto afirmativo.

—Y tú, conde Federico, ¿aceptas igualmente la sentencia por un juicio de Dios, sosteniendo con las armas tus palabras?

—Acepto—responde Federico—He aquí mi espada dispuesta a mantener la acusación. Hágase el llamamiento y salga al campo el que quiera defender contra mí la inocencia de Elsa.

Entonces cuatro heraldos, adelantándose al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, señalan el campo de la liza clavando sus lanzas en los cuatro extremos, y hacen sonar al mismo tiempo los clarines, clamando:

—¡Salga a combatir el que quiera, en juicio de Dios, por la inocencia de Elsa de Brabante!

Nadie se mueve. Los hombres miran con lástima las lágrimas de la princesa, pero ninguno se atreve a defenderla con las armas. Un largo espacio espera el rey, con la cabeza caída sobre el pecho. Después levanta su guante, y la llamada de los heraldos suena por segunda vez. Elsa mira con angustia en torno; pero nadie se adelanta.

Por tercera y última vez suena la llamada de los clarines. Elsa desfallece; los hombres bajan los ojos avergonzados y un mortal silencio responde al llamamiento.

De pronto, bajando por el río, reluciente al sol, aparece un misterioso caballero, de pie en una barca tirada por un cisne. De plata es su armadura y su casco alado de largas crines. Trae una bocina de oro colgada al cinto y una capa blanca con una paloma bordada en el pecho; de oro son también las bridas del blanco cisne.

Al verle, un grito unánime se levanta entre los brabanzones:

—¡Milagro, milagro!

El caballero llega a la orilla, salta sobre el césped y acaricia el cuello del cisne, que, arrastrando la barca, vuelve río arriba, contra la corriente. Después avanza lentamente, saluda al rey y al pueblo y exclama:

—Hé aquí al paladín que llega de lejos a defender la inocencia.

Y volviéndose a Elsa la toma en sus brazos, diciendo estas palabras:

—Elsa de Brabante: héme aquí dispuesto a defender con las armas tu virtud. ¿Tienes fe en mi valor? Si alcanzo la victoria, júrame que nunca intentarás averiguar cual es mi nombre, ni mi patria, ni mi raza.

Elsa, que ha permanecido inmóvil, como deslumbrada por un encanto, desde que el caballero apareció, se lanza a sus pies, abrazada a sus rodillas.

—Júrame, Elsa, delante de todos, que nunca intentarás penetrar el misterio de mi vida. Que nunca intentarás saber quién soy ni de dónde vengo.

—¡Lo juro!—exclama Elsa.

Entonces el rey desclava la espada del suelo, golpea con ella tres veces el escudo colgado de la encina, y el juicio de Dios comienza. De uno y otro extremo de la liza salen los dos paladines, guardando el pecho tras los escudos de bronce. Se acometen con violencia, y relumbran sus espadas al chocar. Al segundo encuentro el conde Federico cae al suelo herido, y el caballero desconocido le pone la punta de su espada en la garganta:

—¡Dios ha dado su sentencia contra ti!. Tu vida me pertenece. Pero te perdono; arrepiéntete.

Los hombres chocan gozosamente sus espadas; los heraldos retiran sus lanzas y el rey descuelga su escudo de la encina. Sobre el escudo real, el pueblo levanta al vencedor y a Elsa de Brabante, aclamando su inocencia.

(Continuará).



## OBRERITO

*Gabriela Mistral.*

Madre, cuando sea grande  
¡ay! qué mozo el que tendrás!  
Te levantaré en mis brazos,  
como el viento alza el trigal.

Yo no sé si haré tu casa  
cual me hiciste tú el pañal  
y si fundiré los bronce  
los que son eternidad.

Qué hermosa casa ha de hacerte  
tu niño, tu titán,  
y que sombra tan amante  
el alero te va a dar.

Yo te regaré una huerta  
y tu falda he de colmar  
con las frutas perfumadas:  
pura miel y suavidad.

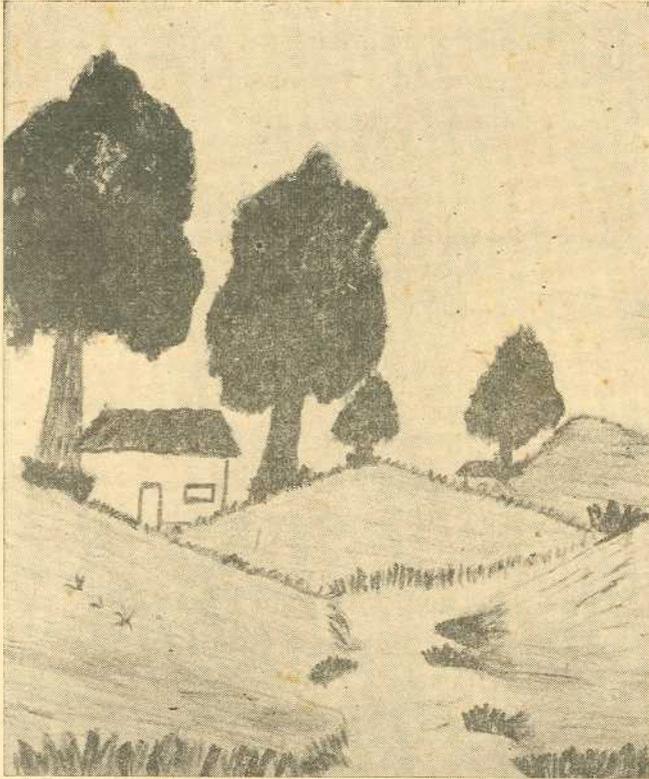
O mejor te haré tapices  
y la juncia he de trenzar;  
o mejor tendré un molino,  
el que canta y hace el pan.

¡Ay! qué alegre tu hombrecito  
en la fragua va a cantar  
o en la rueda del molino  
en las jarcias y en el mar.

Cuenta, cuenta las ventanas  
que estas manos abrirán;  
cuenta, cuenta las gavillas  
si las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina  
me enseñaste tú a crear,  
y me diste en tus canciones  
todo el valle y todo el mar...)

¡Ay, que hermoso niño el tuyo  
que jugando te pondrá  
en lo alto de las parvas  
y en las olas del trigal!...



Alexis Ramírez. Escuela  
Tomás Guardia. Limón.

### MADRE MIA

¡Yo tengo una madre!  
una madre que me quiere.  
¡Madre!, yo quiero besarte  
con dulzura y rodearte  
de amor.

Tú eres imagen de mi corazón,  
eres suave perfume,  
eres pétalo desprendido  
de un manojito de azucenas.